

creído deber recordar á la Iglesia prusiana su gran mision, manteniendo en todo momento enhiesta y firme su bandera de libertad frente á una Iglesia que quisiera dominar sobre las conciencias, y frente á un Estado que tiende á abusar de su victoria para matar el espíritu de individualismo, tan querido de los Alemanes y sin el cual no hay ni libertad ni vida (1).

Bajo este punto de vista, la libertad de la Iglesia que reclama la *Asociacion protestante* tiene una gran importancia. ¿Por qué se ha convertido el cristianismo de Jesucristo en una religion dogmática, intolerante? La historia responde que el espíritu de dominacion de la Iglesia ha entrado por mucho en esta revolucion. Si la Iglesia ha puesto tanto empeño en que se adore al Cristo como Hijo de Dios, coeterno con el Padre, es porque, como esposa del Cristo, debía, en virtud de esta creencia, dominar sobre los principes y sobre los pueblos. Las Iglesias protestantes se han hallado demasiado dependientes del Estado para alimentar tan grandes pretensiones, y, sin embargo, no les han faltado veleidades de ambicion y las han manifestado en nuestros dias con singular ingenuidad. Dicho se está que la *Asociacion protestante* no quiere ya una Iglesia que domine en nombre de un dogma; para lograr este fin tiene un medio bien sencillo, el de realizar en los límites de lo posible el ideal de Lutero: que todo hombre sea sacerdote; y pretende, en consecuencia, que la direccion de los negocios eclesiásticos se confie á los laicos, á la multitud, como dice Rothe. Grande error sería ver en esto una explosion del espíritu democrático; los hombres que están á la cabeza del movimiento protestante están bien lejos de ser revolucionarios; lo que quieren es que el espíritu laico penetre en la Iglesia, á fin de que la Iglesia conozca las necesidades, los sentimientos, las aspiraciones de la sociedad, y de que las tendencias de la sociedad sean santificadas por la religion (2).

Si esta revolucion eclesiástica se cumple, será el primer paso hácia una revolucion religiosa. Recuérdese el punto de partida de Rothe: la oposicion de las clases letradas contra la Iglesia y la oposi-

(1) Véase el manifiesto de la *Asociacion protestante*, en SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitschrift*, 1866, p. 616.—*Protestantische Flugblätter*, von ZITTEL, 1867, núm. 1.

(2) ROTHE, en el *Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. 1, páginas 471, 472.

cion de una sociedad que reclama la satisfaccion de los intereses de este mundo contra una Iglesia que no conoce sino la bienaventuranza celestial de los elegidos y los eternos tormentos de los condenados. ¿Qué será de la religion cuando sean los laicos quienes gobiernen la Iglesia? Evidentemente reinarán sus ideas; no será ya el cristianismo una religion del otro mundo, sino del presente; no tendrá ya la vida por fin una existencia imaginaria en un cielo imaginario, sino las relaciones civiles, políticas, sociales que nacen de la coexistencia de los hombres, y será el hombre religioso, no creyendo en el pecado original ni en la divinidad del Cristo, sino cumpliendo sus deberes de padre, de hijo, de ciudadano; no huyendo del mundo ó maldiciéndolo, sino cumpliendo su mision de industrial, de comerciante, de artista, de sabio, de funcionario. Mas ocurre preguntar si será ese todavía el cristianismo de Jesucristo. No será ya esa ciertamente la concepcion que el Cristo se formaba de la vida; será, por consecuencia, un cristianismo transformado. Dirémos más adelante en qué sentido sostienen los nuevos protestantes que el cristianismo es inmutable con transformarse sin cesar. La transformacion se refiere al dogma; subsiste el mismo espíritu, el del Cristo: la caridad y la union con Dios, el perfeccionamiento incesante del individuo.

Dirán los ortodoxos que este cristianismo no tendrá ya de cristiano más que el nombre; y nosotros somos en gran parte de su opinion, á lo ménos en el sentido de que no conservará nada del elemento místico que se halla hoy todavía en el protestantismo avanzado. Para los jefes del movimiento, la esencia del cristianismo es la persona del Cristo. Ahora bien, preguntadles lo que piensan del Cristo, y no obtendréis sino respuestas vagas é indecisas: unos hacen la distincion entre el Cristo real y el Cristo ideal; otros quieren que el Cristo sea más que hombre, no siendo ya Dios, de suerte que se convierte en un no sé qué, en un sér que no es ni hombre ni Dios. Esas ideas ilógicas pasarán; son como la última cadena que ata á los hombres de lo porvenir á lo pasado, y esa cadena se romperá. ¿Quiere esto decir que dejará entónces el cristianismo de ser una religion? La continuacion de este *Estudio* será la respuesta; mas hagamos por el momento nuestras reservas respecto de una religion que no tuviera creencias ni sobre Dios ni sobre el hombre: no hay religion sin fe, y no

hay fe sin creencias positivas. Si el protestantismo avanzado no se atreve á formularlas, es porque reina todavía una gran division en su seno; el dogma vendrá cuando estén de acuerdo las conciencias. Puede aplicarse por hoy á la religion de lo porvenir lo que piensan los astrónomos de esos átomos que flotan en el espacio y que están destinados á formar un dia un planeta: el astro existe ya en sustancia; ciegos estarían los que lo negarían; pero pasarán siglos ántes de que haya adquirido su forma y su constitucion definitiva. Lo propio sucederá con la religion futura: recojamos, pues, con diligencia las manifestaciones del nuevo espíritu, por vagas que parezcan; son los gérmenes de donde saldrá la religion de lo porvenir.

## § II.—Holanda.

### I.

Channing, el célebre ministro unitario, dice que el calvinismo conduce á los fieles fuera del cristianismo tradicional, porque extrema los dogmas católicos de la predestinacion y de la condenacion de la inmensa mayoría de los hombres. ¿Cómo se quiere que la humanidad acepte una confesion que, al decir de Goethe, transforma á Dios en un tirano peor que Calígula? Hubo en el siglo XVII un sínodo de ministros calvinistas que formuló la doctrina de San Agustin con el rigor lógico que caracteriza á espíritus estrechos y á teólogos sin corazon. ¿Y qué sucedió? Apenas se hubieron promulgado los decretos de Dordrecht prodújose una reaccion contra la ortodoxia en el seno de la Iglesia calvinista, y de ahí el movimiento latitudinario que acabó por llevar al libre pensamiento. Este elemento domina también en la Iglesia de Holanda.

¿Cuál es el primer artículo de fe de la teología moderna? La negacion del pecado original. Según la teología cristiana, fué creado el hombre en un estado de perfeccion, del cual cayó por una falta misteriosa que ha infectado con su contagio á la humanidad entera. La filosofía ha relegado desde hace tiempo entre las fábulas el paraíso terrenal, y la teología protestante ha acabado por ponerse del lado de los libres pensadores. No hay ni perfeccion primitiva ni caída, dice Scholten, uno de los espíritus más distinguidos del protestantismo moderno; el hombre nace hoy y ha nacido siempre

en un estado de imperfeccion; pero hay en él un elemento espiritual que le hace capaz de perfeccionamiento infinito; el último término de ese proceso incesante es el que Jesucristo ha asignado á nuestros esfuerzos: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos." Lo que la teología llama la caída no es un hecho que pasara en el Eden, sino el símbolo del estado de imperfeccion en que se halla la especie humana comparado con el fin supremo que debe alcanzar; el paraíso es la imágen de la perfeccion á la cual debemos aspirar; mas la edad de oro está delante de nosotros y no en nuestra cuna. Ese trabajo de perfeccionamiento no acaba en la muerte: el más santo de los hombres es todavía, al morir, un sér muy imperfecto; pero todos tenemos la necesidad de la perfeccion, lo cual quiere decir que tenemos delante de nosotros una existencia infinita para realizar sin cesar nuevos progresos. En este órden de ideas, que es también el de la filosofía, cambia completamente la nocion de la salvacion como la de la vida: la salvacion de un sér indefinidamente perfectible no es otra cosa que su desenvolvimiento intelectual y moral; puede faltar á su mision, mas el pecado no altera su naturaleza y acarrea sólo una detencion ó un retroceso. Bajo la mano de Dios, el pecador se levanta y recobra su marcha hácia el bien (1).

Si no hay pecado original, no tiene ya razon de ser la revelacion milagrosa del Hijo de Dios. ¿Á qué un reparador, si la naturaleza humana no necesita ser reparada? ¿Á qué un salvador, si no hay caída? Jesucristo no es, pues, el Hijo de Dios en el sentido que definió el concilio de Nicea. Scholten advierte que los Padres de Nicea cayeron en una singular confusion al distinguir el Verbo del Espíritu Santo, porque son dos expresiones de la misma idea: la una viene de los Griegos, la otra de los Judíos, y ambas indican que Dios no es un sér solitario que, despues de haber creado el mundo, descansa durante la eternidad sin tener relacion con sus criaturas, sino que continúa inspirándolas y vive en ellas como ellas viven en él. Eso es lo que ya había dicho San Pablo, y la filosofía moderna, enseñando la inmanencia de Dios en el mundo, no ha hecho más que dar un nom-

(1) RÉVILLE, *Dutch theology, its past and present state* (*The theological review, a journal of religious thought and life*, July, 1864, p. 283 y siguientes).

bre á la doctrina del apóstol. No puede ya haber, por tanto, cuestion de una encarnacion del Verbo en el seno de una Virgen; si en los Evangelios se llama á Jesucristo Hijo de Dios, es para denotar su parentesco espiritual con Dios; en este sentido es tambien en el que San Juan le hace decir que es uno con Dios, lo cual es verdad respecto de todos los hombres, pues que todos deben tender á ser uno con Dios, ó, como dice Jesucristo, á ser tan perfectos como su Padre celestial (1).

Scholten se complace, como se ve, en ligar las ideas modernas á las ideas cristianas. Hay verdad en esta filiacion, sólo que hay que añadir la idea del progreso, es decir, de la trasformacion incesante de las creencias. Para los cristianos ha sido la revelacion durante siglos un hecho milagroso, imaginándose que habia tenido por objeto comunicar á los hombres verdades que exceden de la razon humana, es decir, misterios. Scholten destruye esta hipótesis. Dice que hay una revelacion de la verdad, pero sucesiva y progresiva, como toda manifestacion del espíritu humano; revelacion divina, porque es Dios quien se manifiesta, quien se hace conocer, sin que para esto necesite milagros, pues mejor revela su poder la naturaleza que la inversion de las leyes naturales. Para darse á conocer no tiene Dios necesidad de tomar cuerpo en el seno de una virgen; ha dado á los hombres la razon y la conciencia, y esto basta. La revelacion es, pues, natural, y se produce por medio de la humanidad; no tiene por objeto misterios; ántes, por lo contrario, los disipa. Porque ¿qué es un misterio? Es una cosa que ignoramos, de la cual no tenemos sino un conocimiento incompleto, y el dominio de lo misterioso disminuye á medida que el de la revelacion se extiende, pues á cada revelacion se aumenta el círculo de nuestro conocimiento, iluminándolos un nuevo rayo de la verdad eterna.

Decimos que la revelacion se produce por medio de la humanidad; y para completar el pensamiento de Scholten hay que añadir que Dios se manifiesta en verdad á todos los hombres, pues que á todos hablan la naturaleza y la historia; pero sólo un pequeño número saben leer en la naturaleza y en la historia los designios y la voluntad de

(1) SCHOLTEN, en la *Theological review*, July, 1864, p. 283.

Dios. Á esos se les llama reveladores; están dotados en más alto grado que los demás hombres del sentido religioso que llamamos inspiracion, y su mision es comunicar á las masas las verdades que éstas no se hallarian en estado de descubrir por sí mismas. La inspiracion, así entendida, no es un hecho exclusivo de la religion: los poetas, los filósofos, los sabios son tambien inspirados; sólo difiere el objeto de sus revelaciones; fuera de la religion se le da el nombre de genio, y á ella debe la humanidad todos sus progresos. Pero no teniendo la inspiracion nada de sobrenatural, es evidente que, como los poetas y los filósofos, tampoco son infalibles los reveladores; desde luego corresponden sus ideas y sus sentimientos á la época en que viven, y la imperfeccion humana hace, además, necesariamente imperfecto todo lo que viene del hombre (1).

¿No implica esto que la revelacion es progresiva? Y si lo es, ¿puede considerarse á Jesucristo como el último revelador? ¿No será jamas superada su revelacion? ¿No lo es ya en el sentido de que nuestras ideas y nuestros sentimientos no son los que reinaban cuando se predicó la *buena nueva*? Estas graves cuestiones agitan al protestantismo en Holanda como en todas partes. Los más avanzados responden que el cristianismo es la religion definitiva. Oigamos, en primer término, lo que Scholten dice de Jesucristo, y Réville nos explicará en qué sentido es el Cristo el último revelador. Jesus realizó la pura religion, enseñando el completo abandono del individuo á Dios y á sus semejantes; era el hombre de corazón puro por excelencia. Hé ahí por qué leyó en la naturaleza y en su conciencia esas verdades que ningun hombre ántes que él habia descifrado, á saber: que Dios es nuestro padre, que debemos hacernos perfectos como él, y que la perfeccion consiste en amar á nuestros semejantes. En eso hay una sávia que debe regenerar á la humanidad, sávia que agita y remueve las almas, y las transforma desde la venida del Cristo. Y hé ahí por qué debe estar en comunion con él todo hombre, porque todo hombre debe inspirarse en ese fin supremo, la perfeccion divina, y realizarla en el círculo grande ó pequeño de su esfera de accion.

(1) SCHOLTEN, en la *Theological review*, July, 1864, p. 281 y siguientes.

## II.

Ya hemos manifestado más de una vez la opinion de que no hay última palabra de Dios, ni, por tanto, revelacion definitiva, lo cual es una consecuencia lógica de la doctrina del progreso y de la imperfeccion del espíritu humano, por cuya mediacion el progreso se cumple. Los protestantes avanzados tienen el mismo punto de partida que los libres pensadores; ¿cómo pueden llegar á una conclusion diferente? Es que los libres pensadores comprenden por cristianismo el conjunto de las ideas y de los sentimientos que proceden de Jesucristo, y entre estas opiniones hallan preocupaciones, errores, en cuyo sentido dicen que el cristianismo será, y aún es ya, superado, mientras que los protestantes concentran todo el cristianismo en la inspiracion religiosa peculiar del Cristo, prescindiendo de las creencias en que el Hijo del Hombre comulgaba con sus contemporáneos, y sacrifican de buen grado cuanto hay de dogmático en el cristianismo de Jesucristo, para atenerse más al principio religioso. No hay, pues, contradiccion absoluta entre el protestantismo liberal y la doctrina de la perfectibilidad.

Oigamos sobre este punto capitalísimo á Réville. No es un hombre de teoria, es pastor, ante todo, y predicador, y así, cuando habla del cristianismo, entiende una religion práctica, viva, que se dirige á las almas para regenerarlas. ¿Qué cristianismo es ese? No es desde luego la religion tradicional; que ésta es completamente dogmática. Réville opone á esa religion otro cristianismo, el único que merece este nombre, el de Jesucristo, y dice y repite que todo él se concentra en el amor de Dios y del prójimo. Hé ahí la esencia de la religion cristiana. Verdad es que de hecho se han mezclado con ella muchos elementos extraños que no pertenecen al cristianismo auténtico, al que procede de la pura alma de Jesus. Á este cristianismo primitivo es al que hay que volver; es tan sencillo como fecundo, para todos accesible y suficiente para todos, en lo porvenir como en lo presente: es la religion definitiva de la humanidad. Tal es el cristianismo que predica Réville. Asistamos al desarrollo de su pensamiento.

La Iglesia católica, y tras ella la ortodoxia protestante, han alterado por extremo el cristianismo

de Jesucristo, resultando que el cristianismo, tal como vulgarmente se entiende, tal como lo comprenden tambien los libres pensadores, consiste esencialmente en dogmas; de suerte que, sin la creencia en estos dogmas, no se es cristiano ni se puede ganar la salvacion; mas lo cierto es que cuando se leen sin prevencion los Evangelios, se ve que no era tal el pensamiento del Maestro. Toda religion que pretende dar al hombre los medios de unirse con la divinidad debe enseñarle las condiciones de esta union, y esas condiciones de salvacion ó de comunion con Dios constituyen la esencia del cristianismo. Ahora bien, ¿quién mejor que Jesucristo puede decirnos cuáles son las condiciones de salvacion que vino á predicar? (1). Para conocer la esencia de la *buena nueva* no hay que indagar lo que el Cristo pensaba de las profecias, de los demonios, del fin del mundo y del reino de Dios; no hay más que preguntar: ¿de qué hacia Jesus depender la salvacion? (2).

Basta leer el Evangelio para asegurarse de que nunca hace Jesus depender la salvacion de nada extraño al corazón y á la conciencia. ¡Que se cite una palabra del Cristo en la cual diga: Si no crees en tal dogma, si no cumples tal ceremonia, no tendrás parte en la vida! Dice precisamente todo lo contrario. Un rito que tenía gran importancia en la creencia de los Judíos era el sacrificio; oigamos lo que dice de él Jesucristo: "Si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar, y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y vuelve despues y ofrece tu presente." (3). Si hay un dogma que proclamen como esencial los ortodoxos, es la divinidad del Cristo, ó á lo ménos la fe en el Cristo, Salvador y Mediador. ¿Era esa la opinion del que predicó la *buena nueva*? Él mismo responde á nuestra pregunta: "No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre expulsamos demonios y en tu nombre hi-

(1) RÉVILLE, *Notre Christianisme et notre bon droit; Trois lettres à M. le pasteur Poulain*, p. 70 y siguientes.

(2) RÉVILLE, *Quatre conférences sur le christianisme*. Première conférence: *les Excellences de la doctrine de Jésus-Christ*, página 18.

(3) SAN MATEO, v. 23, 24.